

Antropología y testimonios orales

Victoria Novelo*

El problema

Hay muchísima gente en el mundo de hoy que se dedica a hacer entrevistas a otra gente para saber algo de ellas de viva voz. Las entrevistas se han convertido en herramientas de trabajo fundamentales para algunas profesiones, marginales para otras, y que sirven para propósitos muy diversos. Con las respuestas a ciertas preguntas, los médicos elaboran "historias clínicas"; los periodistas escriben crónicas, reportajes y guiones para radio y televisión; los directores de cine filman películas documentales; los psiquiatras analizan la vida consciente e inconsciente de las personas; los policías obtienen "declaraciones"; algunos escritores escriben novelas; antropólogos sociales, sociólogos e historiadores escriben "historias de vida" o reconstruyen la cultura y la vida social de pueblos ágrafos, colonizados o subdesarrollados, y más recientemente hacen "historia oral".

Todos estos especialistas usan las entrevistas como medio para conocer a la gente bajo su mirada inquisidora, pero las estructuran y las

ponen en práctica de muy distintos modos, según el uso que les van a dar, las ideas que tengan en la cabeza y que guían sus preguntas y el tiempo que les van a dedicar.

En este artículo buscaré ubicar el sentido de las entrevistas en el quehacer de los antropólogos y otros científicos sociales, especialmente los historiadores, y los diversos resultados del uso de la entrevista como medio para allegarse información viva.

Eso significa que no voy a tratar las semejanzas y las diferencias que hay en las entrevistas que hacen diversos profesionistas como los apuntados —trabajo que ya se ha hecho por las relaciones entre, por ejemplo, el método psicoanalítico y las historias de vida o que habrá que hacer en cuanto a la relación con el interrogatorio policiaco— El énfasis en la antropología está dado, no sólo por mi formación y experiencia personal profesional, sino por el lugar que desde los inicios de esa disciplina ha tenido la entrevista como búsqueda de información pa-



ra captar, relatar y analizar procesos sociales.

La centralidad de la etnografía en el trabajo antropológico

Desde antes de que naciera la antropología social como disciplina con sujeto de estudio propio (en términos amplios, el análisis de las condiciones, mecanismos y hechos que intervienen en los procesos socioculturales y de producción y de transformación de cultura), el trabajo que ahora llamamos etnográfico, es decir, la recopilación de información para describir y analizar culturas en alguno o todos sus aspectos, era inclinación entre algunos personajes, exploradores, cuentistas, monjes, etc., de países europeos.¹¹ Sin embargo, el conocimiento etnográfico que mayor impacto tuvo por sus aplicaciones fue el que se realizó en la época de los grandes descubrimientos geográficos con consecuencias coloniales e imperialistas, llevados a cabo tanto por los españoles en el Nuevo Mundo en el siglo XVI, como por otros europeos, nativos de potencias coloniales, en África y Asia en el siglo XIX. Angel Palerm, quien, entre tantas otras cosas, estudió la historia de la teoría etnológica, no duda en incluir la obra de esos europeos entre los precursores de la antropología debido, precisamente, a que estudiaron sociedades desplegando técnicas de trabajo etnográfico como la observación, el uso de informantes, el aprendizaje de la lengua del grupo bajo estudio, el registro de los datos en el idioma aborigen, etc.¹²

Haciendo uso de su conocimiento de leyendas, mitologías, sistemas de parentesco y relatos de la antigüedad clásica europea y de pueblos

"primitivos" contemporáneos, juristas e historiadores que la antropología moderna reclama como antepasados directos de la disciplina, se dedicaron, con esquemas evolucionistas unilineales como guías de sus investigaciones, a proponer hipótesis del desarrollo de la humanidad que postulaban el paso necesario por ciertas etapas sucesivas de evolución. Fundamental en este sentido, fue la aportación de Morgan, erudito e investigador de campo, quien intentó un orden de la evolución, indicando lo "que le parecían ser los estadios principales, caracterizando cada uno de ellos por un complejo de rasgos culturales", periodización que basándose en los sistemas de subsistencia, analizaba las transformaciones en el plano económico y en el de las instituciones sociales y políticas.¹³

Las ideas que guiaron la investigación antropológica en su primera etapa, también produjeron hipótesis como la degeneración de las culturas (sociedades que regresaron a una etapa anterior de la evolución); la desigualdad racial (como ausencia de capacidad natural para la evolución); y otra, infelizmente vigente, que identificaba al hombre a la cultura prehistórica con los "primitivos contemporáneos" cuyas formas de vida ilustran fases pasadas de la evolución y donde el trabajo de investigación está centrado en la búsqueda de "supervivencias" que puedan iluminar el conocimiento de sociedades pasadas y desaparecidas. De más está decir que estas investigaciones con sus hipótesis se hacían por gente que vivía la etapa superior de la evolución (civilización), que se distinguía de su predecesora, entre otras cosas, por la escritura.

Polemizando con los esquemas evolucionistas clásicos del siglo pasado, la antropología que empezó a profesionalizarse a fines de ese siglo (planeando investigaciones de campo, dirigiendo museos y formalizando los estudios universitarios), propuso otras hipótesis sobre el funcionamiento social. Hay propuestas que enfatizan la difusión de la cultura desde pocos o un sólo centro; otras, subrayan que sólo tiene sentido estudiar las sociedades en su actualidad como organismos con partes inseparables donde el cambio sociocultural se entiende, no por su historia, sino por la manera en que unas partes de la estructura total de la sociedad se modifican por otras y a su vez influyen y modifican a las demás; o se centran en conocer cómo las costumbres y las instituciones mantienen o modifican la estructura total; o bien, que la estructura social no se refiere a la realidad empírica de las relaciones sociales sino a los modelos contruidos sobre ella. Pero también, especialmente en Estados Unidos, hubo quienes pensaron que la teoría no servía para maldecir la cosa y que había que recoger datos y más datos, perfeccionando las técnicas de recolección.

Ya bien entrado este siglo, la arqueología y sus hallazgos, propiciaron una vuelta a los esquemas evolucionistas donde el progreso se concibe como un movimiento creado por la relación diferente de los hombres con los sistemas tecnológicos o con el medio ambiente y se desarrolló también la tesis del evolucionismo multilineal que reconoce la divergencia en los patrones de desarrollo de la humanidad.

Todo el periodo, a pesar de la distinta directriz de las investigacio-



nes, está lleno de producción de obra etnográfica que, a pesar de que sería recogida y utilizada de forma distinta según el esquema conceptual de los autores, hace énfasis en la necesidad de la investigación de campo para allegarse información.

Tan temprano como 1874, apareció en Inglaterra un cuestionario comprensivo abarcador de todas las fases de la "cultura material y no material" con el fin de que la persona en contacto con pueblos "primitivos" recopilara ordenadamente la mayor cantidad posible de información: las famosas *Notes-and-queries on Anthropology* preparada por un comité del Real Instituto Antropológico de la Asociación Británica para el adelanto de la ciencia,^[4] publicación que hasta 1948 sólo había sido objeto de dos revisiones. La suposición de la que parte ese manual es que las sociedades ágrafas estaban en peligro de extinción y por tanto, había que recoger la mayor información posible de ellas. Todavía la edición de 1951, la sexta, y traducida al

español en 1971 en México, dice que el cuestionario se refiere, principalmente a los pueblos iletrados, a los que llama "nativos" para no usar las palabras salvaje, aborigen o primitivo por su "vaguedad"; esos pueblos podían conocerse mediante el "método ideal" de la observación directa complementada con el interrogatorio.

La "vocación" por el trabajo de campo de los antropólogos comienza realmente, según Palerm, desde 1884, cuando la Asociación Británica para el progreso de las ciencias nombra un comité, en el que figura Tylor, para estudiar las tribus del occidente de Canadá; otras expediciones inglesas y alemanas viajaron a Australia, África y la región amazónica a investigar otros pueblos.

En el origen de la antropología se ubica la posición privilegiada de la investigación de campo; pero "el campo" tiene el significado preciso de comunidad primitiva. Kluckhohn, lo dice con estas palabras: *la pre-ocupación por pueblos insignificantes y analfabetos, que es una de las características principales del trabajo antropológico, es la clave para su importancia actual. La antropología surgió de la experiencia con los pueblos primitivos y las herramientas del oficio son poco usuales porque fueron forjadas en ese taller peculiar. (...) La sociedad primitiva es la que se aproxima mayormente a las condiciones propias de laboratorio que puede esperar jamás el que estudia al hombre. Esos grupos suelen ser pequeños y pueden estudiarlos intensivamente unas cuantas personas con un gasto escaso. Suelen estar, por lo general, bastante aislados de modo que no se plantea la cuestión de dónde empieza un sistema social*

y termina otro. Los miembros del grupo han pasado su vida en una región reducida y estuvieron expuestos continuamente a la influencia de las mismas fuerzas naturales. Han recibido una educación casi idéntica. Todas sus experiencias tienen mucho más en común que las de los miembros de sociedades complejas. Sus modos de vida son relativamente estables.^[5] Estas ideas, escritas en 1949 incorporan la noción del trabajo de campo como estudio de comunidad, de la comunidad primitiva, desde luego, la que por su tamaño y poca diferenciación interna tiene la virtud de poder ser conocida en forma completa y, además, barata. La comunidad que para esta antropología tiene sus gracias positivas en términos de pequeño laboratorio social, puede sin embargo tener sus incomodidades: Como recomienda la *Notes-and-queries* a los investigadores, *Si las condiciones climáticas y sanitarias no lo impiden, puede establecerse dentro de la comunidad. En la actualidad esto es factible en áreas donde gracias a las buenas comunicaciones y a la difusión de la civilización se han introducido muchas de las comodidades elementales de la vida occidental...*^[6] La contradicción, atraso de la comunidad —comodidad del investigador— siempre ha sido resuelta por este último viajando al trabajo de campo cargado de todo su bagaje no sólo intelectual sino también de estilo de vida; he leído recomendaciones a los antropólogos que ponen el énfasis del éxito del trabajo en el campo en conseguirse unos buenos sirvientes, a la vez intérpretes, a la vez discretos y, si se puede, choferes y cargadores.

Cargando con su pecado original de estudiar comunidades primitivas,

la antropología se fue desenvolviendo por varias rutas: a veces reinterpretando la historia de los cambios socioculturales especialmente cuando se cobijó bajo el método materialista histórico y partió de una crítica de la posición colonial original de su disciplina; otras veces ampliando los temas y los sujetos de estudio, aventurándose incluso en las ciudades y saltando por tanto las fronteras originales de la antropología; pero también alguna antropología continuó aferrada tercamente a sus primeros propósitos. Y sin embargo, dentro de las diversas antropologías que se practican, la investigación de campo ha permanecido como una característica que sigue definiendo el quehacer antropológico, si bien otras ciencias sociales le quitaron su monopolio.

La investigación de campo

y sus técnicas

Las herramientas del oficio originadas en ese mundo especial de los primitivos contemporáneos que los antropólogos originales descubrieron como "su" objeto de estudio, fueron inventadas para surtirse de información variable que debía servir para hacer un buen trabajo etnográfico (por "buen" se entiende exhaustivo), base a su vez de futuras teorizaciones. Teorizaciones menos o más fallidas de acuerdo con el marco conceptual e ideológico del investigador y con los obstáculos del etnocentrismo, las posiciones racistas, la insuficiencia de conocimientos sobre el problema a estudiar, el desconocimiento de idiomas, etcétera, que muchas veces convirtieron el resultado del trabajo etnográfico en ciencia-ficción o novelas románticas, más o menos logradas. Pero de

eso no vamos a hablar aquí, pese a su obvia importancia, dado el énfasis del artículo en las técnicas de trabajo de campo del antropólogo, las que, si bien se desprenden del planteamiento de la investigación, pueden describirse, por su forma, separadamente.

La pequeña comunidad ha sido el escenario preferido del trabajo de campo; dentro de él, el antropólogo despliega una serie de técnicas para aproximarse al entendimiento de su comunidad: la observación, la observación participante, las entrevistas a personas capaces de dar respuestas inteligibles a los interrogatorios llamadas "informantes" y el registro minucioso en libretas de campo y diarios de todo lo que veía y oía el antropólogo. Las grabadoras fueron perfeccionadas por ahí de 1948, pero los antropólogos tardaron mucho en usarlas como herramientas de trabajo auxiliar. El manual de campo del antropólogo ya citado, todavía recomendaba en su edición de 1971: *Para la mayoría de los problemas de la antropología social no se necesita hacer grabaciones sonoras. Pueden ser necesarias para el que se dedique a la lingüística o a la música nativa. Pero estas actividades requieren una especialización, parte de la cual consiste en aprender a manejar aparatos mecánicos de grabación de sonido.*

Ricardo Pozas escribía en 1961 *que el investigador que olvida la libreta de campo para anotar sus observaciones y las informaciones, es como el geólogo que va a la montaña a traer muestras de metales sin llevar martillo. Agregaba que vivir en la comunidad es la primera condición para hacer buenas observaciones. Acompañar a la gente a sus*

trabajos, ofrecerse para ayudar en las distintas actividades y seguir el curso de la vida diaria, percibiendo y registrando en una libreta las actividades más importantes, es la mejor forma de conocer la vida de la comunidad...la información se logra mediante el contacto cara a cara con las personas que viven en la comunidad y hablando con ellas sobre los problemas de su vida diaria.^[7] Realmente cualquier antropólogo que no sea de escritorio podía haber escrito las mismas palabras.

Esa obsesión por registrar la información tiene en su origen un problema real: había que escribir todo pues las sociedades bajo estudio eran iletradas, es decir, no contaban con documentación escrita, que hasta hace poco tiempo se consideraba la única documentación confiable: Lo escrito, escrito está. Al antropólogo le tocaba cumplir la misión de traducir un lenguaje oral al escrito para dar a conocer la vida de los pueblos ágrafos o sin historia escrita a la manera occidental. Escribir sobre algún pueblo, le abría además a ese pueblo las puertas de la historia.

Pero la traducción implicaba el problema de qué tanto el antropólogo podía entender la lengua de sus informantes y, por ello, desde su origen, la etnografía de los pueblos primitivos implicó conocer otros idiomas o bien usar un intérprete. Herskovits, como tantos otros, lo plantea así:

Lo menos que se exige es que los que van al campo deben estar equipados lingüísticamente para poder realizar una transcripción fonética segura de los nombres de pueblos, lugares y divinidades, títulos de varias suertes, textos críticos tales co-

mo invocaciones o las letras de las canciones...El etnógrafo debe estar muy seguro de que domina el idioma, pues de lo contrario no pasará de la superficie del proceso mental indígena y a menudo interpretará mal lo que le digan u oiga... La otra alternativa es el intérprete. El uso de intérprete plantea muchos problemas. El intérprete tiene que ser conquistado por el etnógrafo; no sólo debe saber de qué se trata, sino que debe sentir entusiasmo por el trabajo. Este es un sentimiento fácil de comunicar si el investigador lo comparte. La traducción es, en el mejor de los casos, una tarea difícil y hay que tener especial cuidado de expresar claramente las preguntas, que sean transmitidas fielmente y que las respuestas lo sean de igual modo.^[8]

Difícilmente se puede jurar que todos los antropólogos que estudian o han estudiado pueblos "primitivos" y que hablan un idioma ajeno a los informantes han seguido las indicaciones de los manuales de trabajo de campo en cuanto a la traducción literal de sus observaciones, y por tanto desconocemos si sus retratos etnográficos son fieles. Y sin embargo, en su época los administradores de las colonias y más recientemente algunos historiadores, se fían del modo de trabajar del antropólogo. La confianza no está muy generalizada precisamente entre los historiadores, ejemplo de veneración por la palabra escrita (¿alguien podría desmentirme si afirmo que los ensayos históricos tienen más páginas de notas que refieren a documentos que las que tiene el propio ensayo?).

El famoso y cuidadoso historiador inglés E.P. Thompson, cuando analiza los modos de percepción del tiempo en las normas de trabajo,

acude a los estudios antropológicos como una fuente confiable.^[9] Jan Vansina, de plano recomienda: ...las funciones de una tradición son a veces difíciles de hallar. Sólo se pueden descubrir por medio de un análisis antropológico de la sociedad en la que se encuentran y por esta razón el historiador debe ser antropólogo social o trabajar sólo en regiones en las que este estudio estructural haya sido ya realizado por un antropólogo.(...) Si se conoce la lengua pero se ignoran los otros aspectos de la cultura, la tradición será aún incomprendible... El historiador no puede prescindir del antropólogo cultural.^[10]

En un principio, los antropólogos creían firmemente que "más sabe el diablo por viejo que por diablo" y por tanto los informantes ideales eran los ancianos. El pensar que sólo los ancianos de una comunidad eran los depositarios de la sabiduría local, muy pronto chocó con otras necesidades de investigación que requerían de un conocimiento que iba más allá de la recopilación de relatos, tradiciones o leyendas, como eran los comportamientos infantiles o juveniles, por ejemplo. Los viejos siguen considerándose informantes valiosos por su posición como testigos presenciales de diversos acontecimientos. De ahí que, a veces, las entrevistas con ancianos son vividas como terapias ocupacionales para éstos, sobre todo cuando la antropología salió de sus escenarios originales y pasó a las ciudades donde los viejos viven una situación social de marginalidad.

La observación y especialmente la observación participante en la vida cotidiana de pequeñas sociedades o de grupos dentro de esas sociedades,

suministra la herramienta básica para llegar a conocer una cultura y su gente, incluyendo sus sentimientos y actitudes; el antropólogo de campo se convierte en miembro de la comunidad y utiliza este status para examinar varios aspectos del comportamiento desde dentro.^[11] Oscar Lewis por su parte, quien se aventuró en el estudio de familias en las ciudades, pensaba en forma semejante que: para entender la cultura de los pobres es necesario vivir con ellos, aprender su lengua y costumbres e identificarse con sus problemas y aspiraciones.^[12] Los antropólogos siempre han (hemos) pensado que la cercanía con los sujetos estudiados puede proporcionar visiones más íntimas de lo que se estudia y por tanto más auténticas y, en ese sentido, verídicas. Se parte del supuesto de que la relación afectiva que se establece entre quien investiga y quienes son investigados, procrea confianza y esa confianza puede entonces permitir conocer interioridades de la vida de las personas que atraviesan la capa de lo que puede llamarse la historia oficial o pública de cada persona. No en balde los antropólogos han sido llamados "detectives sociales" y tampoco han faltado los que colaboran en tareas de espionaje para sus países guerrilleros.

El antropólogo como observador, completa su trabajo de campo convirtiéndose también en interrogador especializado. Las entrevistas, sean abiertas o dirigidas, generalmente se realizan a profundidad, es decir, buscando que los informantes interrogados por un largo tiempo y en sucesivos encuentros, aporten información suficiente sobre los temas de interés del investigador, sea que sus preguntas se deriven de un riguroso marco conceptual que procreó un

guión de entrevista particular o que se guíe por los manuales que proponen los temas ineludibles en cualquier investigación.

Las entrevistas, una vez que son registradas, producen un *documento personal*, donde queda transcrito el testimonio que ha brindado un informante respondiendo a las preguntas del investigador; de esa manera el testimonio surge de la interacción preguntas/respuestas, no es monólogo espontáneo del informante. Ese documento requiere de su cotejo o confrontación con otros documentos personales obtenidos con otros informantes cuando se quiere probar la veracidad o bien la generalidad de las experiencias y los comportamientos. Esto es mayormente importante cuando el antropólogo busca reconstruir algún acontecimiento pasado interrogando a varios testigos o bien cuando está tratando de comprobar conductas culturales generalizables, como pueden ser el ritual ceremonial asociado al ciclo de vida, la regularidad de ciertas técnicas de trabajo o la participación en un conflicto social.

Otro tipo de documento personal que han producido los interrogatorios antropológicos son las biografías y autobiografías, las que, según unos antropólogos, *son ayudas valiosas en la investigación etnográfica (pues) revelan multitud de cosas acerca de una cultura. Sobre todo compensan un poco a la preocupación exclusiva con las instituciones. La conducta cultural está institucionalizada, pero hay que analizar el ámbito de la aceptada variación en la conducta individual para que podamos ver en perspectiva las instituciones y la cultura. Los imponderables como valores, metas y otros impulsos motiva-*



dores salen a relucir en tales documentos...^[13] Para otros antropólogos más modernos: *Una biografía, especialmente si se ha recogido de una manera no dirigida —el informante asocia con mayor o menor libertad— no necesita constreñirse dentro de los límites de categorías impuestas desde afuera; es probablemente el mejor modo de captar la estructura cultural conforme es percibida y sentida por la gente. La clasificación de las cosas y su interdependencia, difíciles de comprender por el antropólogo a causa de su distorsión etnocéntrica, puede encararse mejor por medio del análisis de muchos relatos individuales.*^[14]

De hecho, las biografías en antropología han sido producidas desde el siglo pasado, primero, bajo la influencia de una corriente que entendía el estudio del pasado a través del conocimiento de la vida de grandes personajes. Así, en Estados Unidos, se hicieron biografías de personalidades indias, jefes y guerreros, la más antigua, registrada por Kluckhohn, hecha en 1832 por B.B. Thatcher.^[15] Cuando el interés de la antropología se desplaza de la comunidad primitiva al estudio de grupos

sociales subdesarrollados, pobres o indios de una sociedad nacional, se producen en este siglo biografías que han pasado a la literatura clásica antropológica, como las que recogieron en México Ricardo Pozas, Calixtla Guiteras Holmes, Oscar Lewis y Susana Glantz. De entonces acá, las biografías han distinguido, al decir de Glantz, dos enfoques principales: *estudios de ciclos de vida e historias de vida. Los primeros enfatizan los requerimientos de la sociedad y muestran cómo un grupo humano socializa y acultura a sus hijos para que puedan participar de él; nos dan contantes de la vida y el comportamiento del hombre como miembro de su especie, y de la enorme gama de variaciones posibles que puede llegar a desarrollar como miembro específico de la sociedad. Las historias de vida, en contraste, enfatizan las experiencias y los requerimientos del individuo para hacer frente a su sociedad, más que el cómo la sociedad se enfrenta a sus individuos, se ocupan de la dinámica y adaptabilidad de la experiencia en los pasajes de una etapa vital a otra y de los patrones acumulativos de la conducta personal... la experiencia del individuo en la institución social*

y el impacto de la elección personal en el cambio social.^{116]}

Cabría agregar que los estudios antropológicos más modernos hacen uso de la historia de vida, no necesariamente total, es decir, que abarque la vida toda del individuo interrogado, sino que buscan, de acuerdo con el interés de la investigación, captar la vida en ciertas etapas o en ciertas esferas. Es el caso de los estudios sobre la clase obrera en los cuales el trabajo antropológico se ha dedicado a reconstruir la vida de trabajo y la vida sindical de distintos grupos obreros a través de la experiencia individual. En este campo en México, la antropología, o mejor, los antropólogos, han influido en la producción de autobiografías, sea a través de concursos convocados al calor del interés por conocer las culturas populares, o bien como productos colaterales de las investigaciones que lograron motivar a algunos informantes para sentarse a escribir su propio relato.^{117]}

Con el despliegue de una variedad de técnicas de trabajo en el campo, los antropólogos producen documentos cuyo objetivo más inmediato es el registro fiel de los comportamientos observados o relatados. De la interacción del entrevistador-observador con sus entrevistados-observados, surge un *testimonio* que no sólo se recopila sino que se produce. La presencia del investigador en un escenario que generalmente le es ajeno en términos de forma de vida, altera la vida de las personas bajo estudio. No solamente por su presencia física, tantas veces exótica al grupo, sino por los cambios en la conducta misma de los estudiados. Ya se ha dicho y escrito mucho sobre lo que provocan

los antropólogos blancos, u occidentales a secas, en las comunidades primitivas cuando irrumpen en ellas como observadores "civilizados" que llevan medicinas, "chucherías" y espejitos para ganar su confianza. En otro plano, hay que considerar que las preguntas que hace el investigador obligan al interrogado a reflexionar y a sistematizar su pensamiento y su experiencia para poder responder, por más espontáneas que puedan ser las respuestas, la información que se le requiere. Todas las preguntas del antropólogo van a buscar no sólo información, sino información coherente y hasta que no haya comprendido lo que le dicen, no dejará de preguntar. Pero el documento personal así obtenido, contiene también la reflexión y las observaciones del antropólogo, de modo que el testimonio es también del investigador. El también ha sido testigo de los acontecimientos o las relaciones que describe y, en ese sentido, la etnografía resultante contiene su versión. Y ello es más cierto cuando el documento se obtiene fundamentalmente por la observación; y también cuando la mano del investigador reacomoda y "edita" la información obtenida en busca de una exposición temática o cronológica de resultados. Muy pocos trabajos etnográficos identifican ambos tipos de testimonio; sólo aquellos que, además de exponer la información recogida en el campo se toman el trabajo de relatar la experiencia de cómo la obtuvieron y explicitan la manera en que, como dice Eduardo Menéndez, "cocinaron" su trabajo y su información. Al respecto, destaca la obra de Calixtla Guiteras (*Los peligros del alma, visión del mundo de un tzotzil*) en la que el relato de las condiciones en que se produjeron los documentos personales son tan importantes y



vitales como la biografía de su entrevistado.

Los usos de la información etnográfica; alcances y limitaciones

La información etnográfica que tiene una base fundamental en las entrevistas repetidas a los informantes, es decir, en información oral, sea que se registre en diarios de campo o en grabaciones, responde básicamente a dos tipos de intereses: la búsqueda de información fáctica y la búsqueda de experiencias personales.

En cuanto al primer grupo de intereses, la información que producen los informantes en forma directa, está encaminada a lograr un conocimiento sobre la sociedad o grupo que estudia en cuanto a reconstrucción de acontecimientos pasados, descripción de la vida cotidiana,

tipos y contenidos de las relaciones sociales, funcionamiento de las instituciones, estructuras de poder, etcétera; en pocas palabras, a relaciones y hechos sociales, presentes y pasados.

La búsqueda de información fáctica también puede ir en el sentido de recoger testimonios a protagonistas directos de algún hecho considerado relevante en la sociedad que se estudia, registros que sirven, o pueden hacerlo, para organizar archivos, escritos o grabados, utilizables como materia prima de otras investigaciones. Este tipo de búsqueda, generalmente asociada al interés por fijar una memoria a punto de desaparecer, produce generalmente archivos, llamados *orales*, como fruto de la indagación histórica.

Las entrevistas persiguen también recoger *tradiciones orales* —de un grupo o de una sociedad— que tocan varios aspectos de la cultura; aquí, la información obtenida es indirecta en tanto el informante no la ha verificado ni registrado personalmente, le ha sido comunicada a través de narraciones que se transmiten de boca en boca a lo largo de cierto tiempo.

Trátase de información directa o indirecta, el producto de las entrevistas se convierte en una *fuentes oral* de conocimientos, a la que se interroga bien sea porque no existen documentos escritos sobre lo que se quiere conocer, o porque se busca complementar la documentación escrita ilustrándola con testimonios vivos, o bien cuando se trata de hacer reinterpretaciones sobre un hecho en donde la fuente oral resulta necesaria para producir otro co-

nocimiento con preguntas hasta entonces no formuladas.

Generalmente, la información obtenida mediante entrevistas que buscan comprender las interioridades del funcionamiento de una sociedad o de la vida social de individuos, es confrontada con información que procede o bien de otras fuentes, o bien de otras entrevistas, pues se pretende el conocimiento de hechos verificables históricamente. De esta manera, la fuente oral recibe, si se pretende un estudio más que descriptivo o impresionista, el mismo tratamiento que otras fuentes, es decir, se le critica mediante diversos métodos (consistencia interna y crítica externa), para asegurarse de su veracidad y confiabilidad. El trabajo con documentos personales contemporáneos es, en este sentido, más fácilmente controlable que cuando se usan testimonios del pasado donde el careo del relato con el de otros testigos, la repetida entrevista al autor del documento o el relato de varios protagonistas al mismo tiempo, es imposible.¹¹⁸¹

En el caso de la búsqueda de informantes que produzcan un documento personal donde lo que importa es el relato de la *experiencia*, la fuente es interrogada más con el ánimo de recoger un testimonio vivencial con la visión del protagonista, que como información verificable para cubrir "lagunas" en el conocimiento de hechos; se trata de saber cómo se vivió tal o cual acontecimiento o cómo se experimenta la vida social y cultural. Las historias de vida, las autobiografías y los documentos testimoniales, a veces anónimos, son ejemplo de este tipo de documentos. Aquí la confiabilidad en la fuente está implícita y no re-

quiere de su cotejo con otras fuentes, a menos de que se trate de entender y ubicar la experiencia en sus contradicciones con otras experiencias e interpretaciones de un mismo evento.

Esta última aproximación a los informantes, ha cobrado un auge inusitado en la historia social europea (básicamente inglesa, italiana y francesa), que busca escribir otra historia donde quede reflejado el punto de vista, las prácticas cotidianas y las auténticas aspiraciones de las masas trabajadoras, anónimas y conocidas, en sus relaciones con las instituciones de la sociedad.

Para la ciencia social hacer historia social ha significado un verdadero rompimiento en la manera de hacer historia, al elevar al primer plano a protagonistas hasta entonces prácticamente descartados en las historias oficiales, heroicas o de los grandes hombres, haciendo visibles a los hasta entonces miembros del grupo de la gente "común" (sea mayorías o minorías), y al tratar de entender el movimiento de las sociedades a través del movimiento de sus clases, presentando simultáneamente las acciones de quienes dominan y quienes son dominados en sus contradicciones, consensos y mutuas interrelaciones.

Para la antropología el cambio de tareas que significó estudiar más a las clases subalternas que a las pequeñas comunidades no fue tan dramático, acostumbrada como estaba justamente a tratar con los "sin historia". La influencia que la historia social ha tenido sobre la antropología se refiere más a la interpretación y el análisis de los hechos sociales y por tanto en el terreno de los nuevos interrogan-

tes que deben plantearse a las fuentes.

La producción de las fuentes orales como producto de las condiciones que crean el investigador y sus investigados a través de las entrevistas, ha tenido en la antropología una definitiva centralidad. Sus logros y alcances como productores de conocimientos sobre sociedades que sólo los antropólogos se aventuraban a conocer son grandes; esto queda evidente ante la enorme cantidad de obra etnográfica publicada. El estudio de sociedades o grupos sociales usando fuentes orales como fuente principal o complementaria, también ha permitido conocer lo vivencial de muchos hechos y le ha dado a los entrevistados el estatuto de "personajes" dignos de ser conocidos; en algunos casos, especialmente de ancianos, las entrevistas hasta les significa una revaloración y revitalización del sentido de sus vidas.

Los problemas de veracidad y confiabilidad de la información producida tienen que ver con los alcances del marco conceptual del investigador de donde derivaron sus preguntas, y con sus posibilidades de establecer una relación respetuosa, de confianza y responsable con sus informantes; también con la facilidad con la que el antropólogo comprende el lenguaje hablado y el código cultural en materia de símbolos, gestos, ademanes y actitudes; si entiendo lo prohibido y lo permitido y lo que conviene recordar y lo que mejor se olvida.

Todo esto es de relevancia y significación etnográfica pues el cómo se hacen las entrevistas y qué tan respetuosa y afable es la relación

entre los involucrados, tiene que ver con sus resultados. Saber reconocer y aceptar que existen diferencias (y dejar para la historia del romanticismo populista eso de "vivir la vida del informante", "pensar como él", etc.), entre quien pregunta y quien responde; evitar las imposiciones en ritmos y duración de las respuestas; aprender a escuchar y a repreguntar en momentos adecuados; aceptar las dispersiones; lograr flexibilidad y evitar la rigidez del interrogatorio (no hay antropólogo más odiado que aquel que insistentemente quiere una respuesta al tema de su interés cuando el informante tiene ganas de hablar de otra cosa); guardar las confidencias y respetar su anonimato cuando éste se exige; mantener la relación de amistad entablada, como se hace con cualquier otro amigo, aunque la investigación de campo haya terminado (de otro modo el informante se sentirá como un archivo saqueado); son algunas reglas de oro para los entrevistadores antropólogos de campo que rara vez pueden aprenderse de los manuales.

El uso de información oral producida por las entrevistas en conjunto con otras técnicas del trabajo de campo, conforman un método de aproximación a la realidad empírica que, por su posibilidad de establecer nexos afectivos es de una gran riqueza; proporciona, simultáneamente, información sobre hechos y contenidos de relaciones sociales así como de la experiencia de vida dentro de esas relaciones y hechos. Depende de los objetivos de la investigación, pero pocas veces las entrevistas pueden informar de todo. El peligro de las entrevistas es creer que el material obtenido es por sí mismo suficiente para entender una realidad y que basta trans-

cribirlo ordenadamente para elaborar documentos auto-explicativos. Es la misma discusión que actualmente tienen los historiadores ahora que han descubierto y experimentado las potencialidades del testimonio oral: grabar las palabras de un testigo no es hacer inmediatamente "historia oral". Hasta ahora la ciencia sigue necesitando científicos, también para describir y comprender las voces del pueblo.

Tepepan, D.F., marzo de 1989.

NOTAS

- [1] Philippe Joutard en *Esas Voces que nos llegan del pasado*, F.C.E., Colección Popular 345, México, 1986, pp 40-51, habla de los "primitivos de la etnografía" en Europa, quienes recogieron glosarios de términos, de dialectos, supersticiones, himnos religiosos, leyendas, etc. en los siglos XVII y XVIII.
- [2] Angel Palem, *Introducción a la Teoría Etnológica*, Instituto de Ciencias Sociales, Universidad Iberoamericana, México, 1967, pp 58-59.
- [3] *Idem*, pp 119-120.
- [4] Melville Herskovits, *El hombre y sus obras*, F.C.E., México, 1968, p. 104.
- [5] C. Kluckhohn, *Antropología*, F.C.E., Breviarios 13, México, 1967, pp 21 y 24.
- [6] *Manual de campo del antropólogo*, Edit. Comunidad, Universidad Iberoamericana, México, 1971, p. 25.
- [7] Ricardo Pozas A., *El desarrollo de la comunidad, técnicas de investigación social*, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, U.N.A.M., México, 1964, pp 188-189 y 193.
- [8] M. Herskovits, *op cit*, pp 106-107.
- [9] E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, esp. el capítulo "Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial".

[10] Jan Vasina, *La tradición oral*, Nueva Col. Labor, Barcelona, 1968, pp 102 y 200.

[11] L. L. Langness, "Usos potenciales de la historia de vida en Antropología" en, Jorge Balán y otros, *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*. Ed. Nueva Visión, Cuadernos de Investigación Social, Buenos Aires, 1974, p. 157.

[12] Oscar Lewis, *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, F.C.E., México, 1962, p. 17.

[13] M. Herskovits, *op cit*, pp 107-108.

[14] L. L. Langness, *op cit*, p. 155.

[15] cit por Susana Glantz, *Manuel, una biografía política*, CIS-INAH/ Ed. Nueva Imagen, México, 1979, p. 16.

[16] *Idem*, p. 19.

[17] El Museo Nacional de Culturas Populares de la ciudad de México, ha publicado sendos volúmenes de *Relatos obreros*, *El relato minero* y *Mi pueblo duran-*

te la revolución, con los trabajos autobiográficos premiados en concursos. La Cía. Minera Real del Monte y Pachuca, Hgo., realizó un concurso en el año de 1988 de autobiografías de mineros de la plata.

[18] Juan F. Marsal, "Historias de vida y ciencias sociales", en Jorge Balán y otros, *op cit*, p. 57.

*Victoria Novelo es investigadora en el CIE SAS México, D.F.

